

CIENCIA, LENGUAJE, COMUNICACION*

Alberto Dallal

La ciencia, como la poesía, es un estado de lucidez. O más bien: si aceptamos la existencia de ambas como un hecho consumado, podemos afirmar que son grados de un mismo estado de lucidez. Siempre, desde que el hombre existe, ha habido ciencia; siempre, desde que el hombre existe ha habido poesía. El mundo, el universo y el cosmos han existido fuera de nosotros, objetiva, realmente; fuera de nuestra habilidad para detectarlos, para hacernos de ellos. Han sido nuestra experiencia, primero, y nuestra conciencia y conocimiento, después, los elementos que han venido a agregarse al mundo en un forzoso (y brillante) intercambio de los hombres con la realidad. La ciencia y la poesía han sido puntos de apoyo, precisas contingencias en este intercambio: vinculación con la realidad que nos ha hecho hombres en el sentido más profundo y cabal de la palabra. Gracias a la ciencia y a la poesía (gracias al hombre) hemos aprendido no sólo a contemplar, sino también a intervenir activamente en el devenir, eterno y dialéctico, de la naturaleza y (hoy) de la historia.

Por ser una obviedad, no es necesario insistir en el hecho de que ese estado de lucidez (ciencia o poesía en sus alcances más amplios y operativos) posee íntimos, múltiples y hasta infinitos recursos analíticos y creativos dentro de la mente del hombre, de los hombres. Tampoco es necesario señalar cómo, en lo que se refiere a establecer los límites del conocimiento humano, una vez recibida la información concreta que ofrecen la realidad objetiva y subjetiva, tanto el espíritu científico como el poético intentan una síntesis comprensible, operativa, manipulable y, sobre todo, real; síntesis que permite a sus consumidores asimilarla y volver los ojos en dirección

*Este artículo fue publicado en la revista *Naturaleza*, vol. 2, núm. 6.

del mundo y preparar, de nueva cuenta, su transformación; o bien seguir por el mismo camino, ir hacia adelante, entender el sentido de los razonamientos logrados para ampliar la zona aprehendida, la zona ya dominada. No insistiremos en este tema por dos razones.

En primer lugar, porque los impulsos analíticos y creativos en el hombre, por su naturaleza misma, gracias a la profundidad de su origen y a la operatividad de su irrupción en la historia, no son susceptibles de aceptar una delimitación de sus tareas: no tienen fin y su energía es imperecedera. La existencia de científicos y poetas es asimismo indiscutible y, según las circunstancias históricas, sus funciones pueden considerarse "naturales" o normales, propias de la naturaleza del ser del hombre. En la época actual hay científicos y hay poetas sencillamente porque existe, dentro de la organización más general de las sociedades humanas, la necesidad de que las labores sean repartidas entre muchos; o sea: porque existe la división del trabajo.

La segunda razón se desprende de la primera: no es posible concebir sino como un monstruo o una máquina a aquel hombre que, apartado de la realidad, enajenado en su propio pensamiento, desarrolle sólo un aspecto de sus capacidades analíticas o creativas y se desvincule definitivamente de los rasgos y aspectos esenciales de la vida humana, según las circunstancias concretas a las que se halle expuesto. Probablemente la concepción más próxima de ese monstruo o ser alineado sea la figura del tecnócrata, mentalidad mecanizada, condicionada al discurrir y al vivir en una sola dimensión, en un solo sentido, entre procedimiento que por desgracia amenaza con proliferar y multiplicarse en los tiempos que corren.

A estas alturas ya podemos hablar de comunicación. Todo estado de lucidez, en sus distintos grados, pugna por expresarse, por darse a conocer. Puede afirmarse que este afán de comunicación forma parte del estado de lucidez. El hombre que llega a percibir, a saber algo antes que los demás hombres, está consciente de que dentro de él existe un instinto que lo lleva a compartir la experiencia y el conocimiento, de que es indispensable establecer una alianza con los demás miembros de su especie en cuanto que todo conocimiento es compartible, expresable. Como el amor, el conocimiento requiere de la intervención del otro, de los otros, para realizarse plenamente. Científico o poeta, este hombre acaba por crear un conducto adecuado para que sus descubrimientos, sus logros, ese "saber" en el que culmina su estado de lucidez, sean compartidos. Así surge el lenguaje. En ocasiones el creador, el descubridor, debe elaborar un lenguaje especial para sus especiales conocimientos; pero en otras, la configuración del lenguaje deviene en acto simultáneo al acto creativo, a la reflexión,

al experimento, a la investigación o al acto científico o poético. El lenguaje, los lenguajes no son sino elementos de comunicación, de unión, de manifestación. Y en este sentido el lenguaje, como la división del trabajo, es una necesidad. Incluso cuando se trata de una convención como el lenguaje hablado, esta convención (susceptible a la dinámica de los cambios de sus "expresiones") constituye una necesidad.

Ultimamente se ha subrayado hasta la obsesión el papel del lenguaje en los fenómenos que competen a las ciencias sociales, a las ciencias puras, a la literatura, al arte y la poesía. Si bien es cierto que necesitamos investigar al respecto y que el papel del lenguaje puede descifrar claves que van más allá de él mismo, también es cierto que la marcada especialización de los investigadores ha hecho que se haga caso omiso de la realidad social (absoluta o relativa) en la que surgen los distintos tipos de lenguaje. Debo reconocer que a mí me interesa, tanto como a los demás, el problema del lenguaje y la manera como éste se "da", se desarrolla, se re-crea, se expande e incluso llega a configurar un sistema cerrado, susceptible de análisis y estudio científico. Sin embargo, aun el lenguaje más abstracto y más hermético, aun el más incomprensible o que presente más dificultades en su manipulación, surge con base en una forma de organización social determinada y determinante. Es más: creo que la aparición de toda nueva disciplina o actividad científica, artística o cultural, además del sector de la naturaleza, de la realidad, del mundo o del nuevo universo que le corresponde investigar, sobreviene con base en una unidad, una suma, un cuerpo compuesto de dos elementos relacionados dialécticamente: lenguaje y forma de organización, lenguaje y sistema organizado, lenguaje propio (o apropiado) y organismos. De esta suma, de esta unificación no se apartan ni la matemática (que todos sabemos no constituye simplemente un lenguaje), ni en la economía, ni en la literatura; tampoco se salvan de esta relación entre lenguaje y forma de organización ni la astrología ni las llamadas "ciencias ocultas". Nuestra comprensión del mundo o de un sector de él, requiere tanto de un sistema organizado de aproximaciones, enumeraciones o descripciones, como de un lenguaje (claves, signos, sonidos, técnicas y movimientos) que comunique y exprese, de manera asimilable, accesible, la forma en que desarrollamos esa área del pensamiento o de la cultura. En la actualidad, nuestro interés desmedido y angustioso por el lenguaje hace que confundamos el lenguaje mismo con la forma de organización, el lenguaje mismo con el área de la naturaleza o de la cultura que analizamos, el lenguaje mismo con la poesía, el lenguaje mismo con la ciencia. Resultado: asimilamos, captamos el mundo de una manera técnica, tecnológica; es decir: comenzamos a actuar como tecnócratas, como entes

deshumanizados. Para mucha gente ya es lo mismo el medio y el mensaje, el sexo y el amor, la poesía y la palabra sin significaciones, la máquina sin sus manipuladores, sus dueños, y la razón de la existencia de esta misma máquina. Tanto científicos como poetas están cediendo a la tentación de crear un culto (sí, un culto de tipo religioso, tribal) a su propio lenguaje. La salvación exclusivamente por el culto al lenguaje de la ciencia. Lo mismo con el lenguaje de la poesía. La revolución gracias al lenguaje, gracias a nuestro lenguaje. No hay formas de organización, ni **status** social, ni aspectos de la realidad que se comparten a **fortiori** con otras ciencias, con otras actividades, con otras ideas, con otros hombres.

Creo sinceramente que no se trata sino de una incapacidad, de una ausencia de razón, precisamente de una falta de "estado de lucidez". El poeta, el científico, se convierten en técnicos, en superespecialistas sin conciencia, sin alma, sin humanidad; sucede en una época en la que el estado de lucidez se colectiviza a través de la participación política; en una época en la que las masas irrumpen en la historia con un criterio científico, con un conocimiento de la realidad; en una época en la que el destino ha dejado de ser una abstracción, una palabra **sui generis** de un lenguaje **sui generis**; en suma: una época en la que todos, individual y colectivamente, necesitamos más que nunca, penetrar en ese estado de lucidez; necesitamos, más que nunca, de la ciencia y de la poesía.

Para terminar quisiera referirme a un fenómeno que vivimos muy intensamente hoy en día, de manera muy especial en los países subdesarrollados (y México es uno de éstos). En la sociedad contemporánea, debido a circunstancias históricas localizables y explicables, aunque no justificables, los científicos y los poetas se forman y desenvuelven en élites, en grupos cerrados. O lo que es lo mismo: el estado de lucidez es propiedad de unos cuantos que, si acaso, se comunican sólo entre ellos. Este aislamiento les impide, por una parte, visualizar las formas de organización y su dialéctica (social, económica, sexual, política), la manera como éstas evolucionan a su alrededor, y, por otra parte, les impide difundir sus conocimientos especializados, los conocimientos que este estado de lucidez les ha permitido detectar en un sector dado de la realidad. Si esta situación entrañara tan sólo un problema de lenguaje, nos preguntamos hasta qué punto los especialistas científicos no han sabido elaborarlo, según los distintos grados del estado de lucidez, para comunicarse con un mayor número de personas. Pero estoy convencido de que también es un problema de actitud, y para ser más exactos, de **actitud social**. El científico, que tiene la sartén por el mango en lo que al conocimiento de la realidad se refiere, decide estacionarse en su élite, en su super-conocimiento, en su trabajo (sí, arduo como

el que más, mas no absoluto), antes de salir de ellos para expresarse como hombre y como especialista y simultáneamente para expandir sus conocimientos. Como aquel poeta que se encerraba en su torre de marfil, el científico no busca la identificación, ni siquiera la proximidad, con los miles de seres para cuya realización un conocimiento o una forma de pensar científico que insiste en entregarle su lucidez al poder establecido), ¿por qué romper las barreras de este elitismo (mucho más marcado en el caso del científico que insiste en entregarle su lucidez al poder establecido), ¿por qué no se hace? Si es preciso inventar un lenguaje científico accesible, no digamos ya para las masas, siquiera para un sector mayoritario de la clase media intelectual, ¿por qué no se hace? Si paralelamente a la permanencia en ese estado de lucidez se necesitan la crítica y el cambio de las formas de organización, tal como lo prueba **científicamente** la historia, ¿por qué el científico no se manifiesta en este nivel? Vivimos en una época en la que no sólo los sistemas políticos y económicos tradicionales, sino también los mitos, las religiones, la sexualidad, las instituciones, las costumbres, las formas de vida, etc., entran en crisis gracias al pensamiento científico y a la participación de las masas, de los pueblos. Las naciones intervienen en la configuración del futuro, de la historia, del pensamiento colectivo. ¿Por qué el científico se muestra incapaz de humanizarse, de acelerar el proceso mediante la **difusión social** de su pensamiento? El científico debe presionar, inventar, buscar, gritar si es preciso, para hacerse oír. Su papel resulta, a todas luces, de trascendencia mediata e inmediata en el curso de la evolución (o revolución) del hombre contemporáneo. Creo que al científico, en la situación actual del mundo, corresponde una mayor obligación en tanto que más fundamentales son su conocimiento y su intervención.

el que más, mas no absoluto), antes de salir de ellos para expresarse como hombre y como especialista y simultáneamente para expandir sus conocimientos. Como aquel poeta que se encerraba en su torre de marfil, el científico no busca la identificación, ni siquiera la proximidad, con los miles de seres para cuya realización un conocimiento o una forma de pensar científico que insiste en entregarle su lucidez al poder establecido), ¿por qué romper las barreras de este elitismo (mucho más marcado en el caso del científico que insiste en entregarle su lucidez al poder establecido), ¿por qué no se hace? Si es preciso inventar un lenguaje científico accesible, no digamos ya para las masas, siquiera para un sector mayoritario de la clase media intelectual, ¿por qué no se hace? Si paralelamente a la permanencia en ese estado de lucidez se necesitan la crítica y el cambio de las formas de organización, tal como lo prueba científicamente la historia, ¿por qué el científico no se manifiesta en este nivel? Vivimos en una época en la que no sólo los sistemas políticos y económicos tradicionales, sino también los mitos, las religiones, la sexualidad, las instituciones, las costumbres, las formas de vida, etc., entran en crisis gracias al pensamiento científico y a la participación de las masas, de los pueblos. Las naciones intervienen en la configuración del futuro, de la historia, del pensamiento colectivo. ¿Por qué el científico se muestra incapaz de humanizarse, de acelerar el proceso mediante la **difusión social** de su pensamiento? El científico debe presionar, inventar, buscar, gritar si es preciso, para hacerse oír. Su papel resulta, a todas luces, de trascendencia mediata e inmediata en el curso de la evolución (o revolución) del hombre contemporáneo. Creo que al científico, en la situación actual del mundo, corresponde una mayor obligación en tanto que más fundamentales son su conocimiento y su intervención.